

Agatha Christie[®]



**MUERTE
EN LA
VICARÍA**

booket

Agatha Christie

Muerte en la vicaría

Traducción: Carlos Paytuví de Sierra



Capítulo primero

Es difícil saber exactamente dónde empieza esta historia, pero he elegido cierto miércoles, a la hora de la comida, en la vicaría. La conversación, aunque no relacionada fundamentalmente con el asunto que nos ocupa, presentó uno o dos sugestivos incidentes, que influyeron más tarde en los acontecimientos.

Acababa de trinchar unos pedazos de carne de buey, bastante dura por cierto, cuando al volver a sentarme observé con un espíritu que mal cuadraba a mi hábito que quien asesinara al coronel Protheroe prestaría un buen servicio a la humanidad.

—Esas palabras pesarán contra usted cuando me encuentre al coronel bañado en sangre —repuso inmediatamente mi joven sobrino Dennis—. Mary declarará, ¿verdad, Mary?, y descubrirá la forma vengativa en que usted blandió el cuchillo de trinchar mientras las pronunciaba.

Mary, que consideraba su servicio en la vicaría sólo como un primer paso hacia cosas mejores y sueldos más elevados, se limitó a contestar: «¡Narices!», y lanzó delante de Dennis un plato rajado, en forma algo truculenta.

—¿Se ha vuelto muy difícil, acaso? —se limitó a preguntar mi esposa con simpatía.

No contesté inmediatamente, pues Mary me ofreció una fuente con verduras cuyo aspecto no resultaba muy apetitoso.

—No, gracias —dije.

Dejó la fuente en la mesa y se retiró.

—Es una lástima que yo sea tan mala ama de casa —dijo mi esposa con un dejo de pena en la voz.

Me sentí inclinado a asentir. Mi esposa se llama Griselda, nombre muy apropiado para la compañera de un pastor. Pero ahí termina la adecuación. Nada tiene de humilde o sumisa.

Siempre he sustentado la opinión de que los clérigos debieran permanecer solteros. Todavía no comprendo por qué pedí a Griselda que se casara conmigo, después de veinticuatro años de conocernos. Sólo se debe uno casar después de larga meditación, siendo la comunidad de gustos e inclinaciones detalle de suma importancia.

Mi esposa es casi veinte años más joven que yo, ciertamente hermosa, totalmente incapaz de tomar cosa alguna en serio y absolutamente incompetente, se requiere mucha paciencia para convivir con ella. He tratado en vano de darle una formación espiritual. Ahora estoy más convencido que nunca de que el celibato es el estado perfecto para el clérigo. Se lo he insinuado a Griselda repetidas veces, pero mis palabras únicamente la han hecho sonreír.

—Si por lo menos trataras de tener algún cuidado, querida —le dije, mirando la fuente de verdura.

—Ya lo hago algunas veces —repuso—. Sin embargo, creo que las cosas empeoran cuando me ocupo de ellas. Evidentemente, no he nacido para ama de casa. Me parece mejor dejar que Mary se encargue de todo y me resigno a sufrir incomodidades y a ingerir comidas aborrecibles.

—¿No has pensado en tu esposo, querida? —repliqué en tono de reproche. Siguiendo el ejemplo del diablo al citar las Escrituras para sus fines propios, añadí—: «Ella se preocupa de su casa...».

—Imagina cuán afortunado eres al no ser entregado a la voracidad de los leones —me interrumpió Griselda precipitadamente—. O quemado en la hoguera. La mala comida, el polvo o las moscas, ¿qué son en comparación? Hablemos del coronel Protheroe. Los primeros cristianos tuvieron la suerte de no tener que soportar a tipos como él.

—Es un viejo bruto y engolado —comentó Dennis—. No es extraño que su primera esposa le abandonara.

—La pobre no pudo hacer nada mejor —dijo mi esposa.

—No te permito que hables de esa forma, Griselda —observé secamente.

—Querido —repuso ella con voz cariñosa—. Háblame de él. ¿Qué sucede? ¿Es algo relacionado acaso con el continuo persegirse de míster Hawes, y los gestos que hace tan insistentemente entremezclados con sus palabras?

Hawes es nuestro coadjutor. Hace solamente tres semanas que está con nosotros. Profesa los puntos de vista de la tendencia romana y ayuna los viernes. El coronel Protheroe se opone a toda clase de ritos.

—No, esta vez no, aunque habló también de ello. Todo el embrollo se produjo a causa del dichoso billete de una libra esterlina de mistress Price Ridley.

Mistress Price Ridley es un devoto miembro de mi congregación. Asistió al primer servicio religioso el día del aniversario de la muerte de su hijo y depositó un billete de una libra en la bandeja de las limosnas. Más tarde, al leer la relación de la colecta, se dolió al ver que el billete mayor era uno de diez chelines. Se me quejó de ello y yo observé, muy razonablemente, que debió haberse equivocado.

—Ya no somos jóvenes como éramos —le dije con tacto— y los años no pasan en vano.

Me extrañó que mis palabras sólo sirvieran para irritarla más. Dijo que aquello le parecía muy extraño y que se asombraba de que yo no compartiese su opinión. Se alejó sin saludarme, y supongo que irá con sus quejas a Protheroe. El coronel es un hombre que se deleita buscándole tres pies al gato y esta vez no dejó de hacerlo. Siento que lo hiciera en miércoles, pues ese día doy clase por la mañana en la escuela parroquial, lo que me causa un agudo nerviosismo y fuerte cansancio.

—Debe de ser su manera de divertirse —repuso mi esposa con tono de imparcialidad—. Nadie acude a él llamándole «querido vicario», ni borda horribles zapatillas para regalárselas, ni le obsequia con calcetines de lana en Navidad. Tanto su esposa como su hija están de él hasta la coronilla. Supongo que debe sentirse feliz haciéndose el importante cuando puede.

—Pero no por ello ha de ofender a los demás —argüí con calor—. No creo que se diera cuenta de lo que sus palabras implicaron. Quiere repasar todas las cuentas de la iglesia «por si ha habido algún desfalco», según dijo, empleando estas mismas palabras. ¡Desfalco! ¿Cree, acaso, que yo uso los fondos de la iglesia?

—Nadie sería capaz de pensar tal cosa de ti, querido —contestó Griselda—. Estás tan por encima de toda sospecha que ello mismo te daría una gran oportunidad de hacerlo. Quisiera que te apropiaras de los fondos para las misiones. Odio a los misioneros.

Me disponía a reprocharle esas palabras, pero en aquel momento entró Mary con un budín de arroz parcialmente cocido. Intenté protestar, pero Griselda dijo que los japoneses siempre comen el arroz medio crudo, sacando como consecuencia que a ello se debe su prodigiosa inteligencia.

—Me atrevo a decir —prosiguió— que si todos los días de la semana comieras budín como éste, los domingos predicarías unos maravillosos sermones.

—¡Dios no lo quiera! —exclamé, temblando ante la idea de que tal cosa pudiera suceder—. Protheroe vendrá mañana por la

tarde y repasaremos las cuentas juntos —seguí diciendo—. Debo preparar mi charla para la Agrupación de caballeros de la Iglesia de Inglaterra. ¿Qué vas a hacer esta tarde, Griselda?

—Mi deber —repuso—. Mi deber como esposa del vicario. Té y murmuración a las cuatro y media.

—¿Quiénes vienen?

Griselda los fue contando con los dedos, con cara de inocencia.

—Mistress Price Ridley, miss Wetherby, miss Hartnell y esa terrible miss Marple.

—Me gusta miss Marple —dije—. Por lo menos, tiene sentido del humor.

—Es la peor chismosa del pueblo —replicó Griselda—. Sabe siempre, hasta el último detalle, cuanto ocurre y siempre piensa mal.

Como he dicho, Griselda es mucho más joven que yo. A mi edad uno sabe que lo peor es generalmente verdad.

—No cuentes conmigo —dijo Dennis.

—¡Bestia! —exclamó Griselda.

—Todo lo que quieras, pero los Protheroe me invitaron a jugar al tenis.

—¡Bestia! —exclamó de nuevo Griselda.

Dennis se batió prudentemente en retirada y mi esposa y yo nos dirigimos a mi gabinete.

—No sé de quién hablaremos durante el té —dijo Griselda, sentándose ante mi escritorio—. Del doctor Stone y de miss Cram, supongo, y quizá también de mistress LeStrange. A propósito, ayer fui a su casa y había salido. Sí, estoy segura de que mistress LeStrange será buena comidilla para el té. ¡Es tan misteriosa! Se presenta, alquila una casa, apenas si sale alguna vez. ¿No te parece? Le hace a uno pensar en las novelas policíacas. Ya sabes: *¿Quién era la mujer misteriosa, de hermoso y pálido rostro? ¿Cuál era su pasado? Nadie lo sabía. Había algo ligeramente siniestro en ella.* Creo que el doctor Haydock sabe algo aunque no lo diga.

—Lees demasiadas historias de detectives —observé.

—¿Y tú? —replicó—. El otro día, mientras estabas aquí preparando tu sermón, busqué en todas partes *La Mancha en la Escalera*. Por fin entré y te pregunté si habías visto el libro, y, ¿qué encontré?

Tuve la debilidad de sonrojarme.

—Lo cogí al azar. Una frase me llamó la atención y...

—Ya conozco esas frases —repuso Griselda, hablando en for-

ma afectada—. *Y entonces sucedió algo muy curioso: Griselda se levantó, cruzó la habitación y besó afectuosamente a su esposo.*

Se levantó, vino hacia mí y me dio un beso.

—¿Es algo muy curioso? —pregunté.

—Claro que sí —dijo Griselda—. ¿Te das cuenta, Len, de que hubiera podido casarme con un ministro, un barón, un rico industrial, tres subalternos y un pillastre de modales encantadores, pero que te preferí a ellos? ¿No te asombró mi elección?

—Ciertamente, sí —repuse—. Muchas veces me he preguntado por qué lo hiciste.

Griselda rió.

—Me sentí poderosa —murmuró—. Todos ellos pensaban simplemente que yo era maravillosa y, naturalmente, les hubiera sido muy agradable el conquistarme. Pero yo soy todo aquello que más te disgusta y desapuebas y pese a ello no pudiste resistirte. Mi vanidad se sintió halagada. ¡Es tan agradable ser un pecado secreto y delicioso para alguien! Te hago sufrir con mis inconveniencias y te distraigo constantemente, y sin embargo, me adoras con locura. ¿Verdad que me adoras con locura?

—Te amo, naturalmente, querida.

—¡Oh, Len! ¡Me adoras! ¿Te acuerdas de aquel día que me quedé en Londres y te mandé un telegrama que jamás recibiste porque la hermana de la esposa del telegrafista tuvo gemelos y se le olvidó transmitirlo? Te pusiste muy nervioso, telefoneaste a Scotland Yard y armaste un considerable revuelo.

Hay cosas que a uno no le gusta que se las recuerden. Realmente, me porté en forma algo tonta en aquella ocasión.

—Si no te importa, querida —dije—, quisiera seguir con la preparación de mi charla.

Griselda lanzó un suspiro de irritación, me alborotó el cabello, lo volvió a alisar y dijo:

—No mereces que te quiera. Realmente, no lo mereces. Tendré un amorío con el artista. Sí, lo tendré. Y piensa en el escándalo que se producirá.

—Ya hay bastantes en este momento —repuse quedamente.

Griselda rió y me dio un beso.

Capítulo II

Griselda es una mujer muy irritante. Al levantarme de la mesa yo me sentía en magnífica disposición para preparar una impresionante charla para la Agrupación de caballeros de la Iglesia de Inglaterra. Cuando ella salió del gabinete me sentía inquieto y nervioso.

Precisamente cuando me disponía a empezar el trabajo, Lettice Protheroe se dejó caer por mi despacho.

Empleo la expresión «se dejó caer» a propósito. He leído novelas en las cuales la gente joven es descrita como rebosante de energía y *joie de vivre*, la magnífica vitalidad de la juventud. Pero todos los jóvenes a quienes conozco tienen el aire inconfundible de espectros amables.

Lettice tenía un especial aspecto fantasmal aquella tarde. Es una muchacha hermosa, muy alta y rubia. Entró por la puertaventana, se quitó con aire ausente la boina amarilla y dijo, como sorprendida:

—¡Oh! ¿Es usted?

Hay un sendero que, partiendo de Old Hall, cruza los bosques y sale junto a la verja de nuestro jardín, por lo que la mayor parte de la gente, en lugar de dar la vuelta por la carretera y entrar por la puerta principal, salta la valla y penetra en la casa por la puertaventana. No me sorprendió que Lettice hiciera su aparición de esta manera, pero sí me chocó algo su actitud.

Se dejó caer en uno de los grandes butacones y se atusó el cabello, mirando al techo.

—¿Está Dennis por aquí?

—No le he visto desde después de comer. Tengo entendido que iba a tu casa a jugar al tenis.

—¡Oh! —dijo Lettice—. Espero que no haya ido. No encontrará a nadie.

—Dijo que tú le habías invitado.

—Creo que lo hice. Sólo que eso fue el viernes y hoy es martes.

—Miércoles —observé.

—¡Qué terrible! —repuso Lettice—. Eso quiere decir que por tercera vez me he olvidado de ir a comer a casa de alguien.

Afortunadamente, aquello no pareció preocuparle mucho.

—¿Está Griselda?

—Creo que la encontrarás en el estudio del jardín posando para Lawrence Redding.

—Ha habido un considerable barullo a causa de él —dijo Lettice—. Con papá, ¿sabe usted? Papá es terrible.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Papá averiguó que él me estaba retratando. ¿Por qué no puedo ser retratada en traje de baño? ¿Por qué no he de poder hacerme un retrato así?

Lettice hizo una pausa y después prosiguió:

—Es verdaderamente absurdo que papá le haya prohibido volver a casa. Naturalmente, Lawrence y yo nos reímos de ello. Vendré aquí y seguirá pintando mi retrato.

—No, querida —repuse—. No puede ser, puesto que tu padre lo prohíbe y tú tienes la obligación de obedecerle.

—¡Qué pena! —dijo Lettice con un suspiro. Todo el mundo es la mar de aburrido. Me siento verdaderamente cansada de todo. Si tuviera dinero, desaparecería, pero debo quedarme porque no tengo ni un penique. Si papá quisiera portarse decentemente y morirse, todo se arreglaría.

—No debes decir tales cosas, Lettice.

—Pues si no quiere que yo desee su muerte, no ha de ser tan mezquino con el dinero. No me extraña que mamá lo abandone. Durante años he creído que había muerto. ¿Con qué clase de hombre se fugó? ¿Era alguien simpático?

—Sucedio antes de que tu padre se estableciera aquí.

—Me pregunto qué habrá sido de ella. Supongo que Anne no tardará en tener amoríos con alguien. Anne me odia. Se porta decentemente, pero me odia. Se está volviendo vieja y no le gusta. Son los años que se escapan...

Me pregunté si Lettice intentaba permanecer toda la tarde en mi gabinete.

—¿Ha visto usted mis discos? —preguntó.

—No.

—¡Qué pena! Los dejé olvidados en alguna parte. He perdido el perro y tampoco sé dónde está mi reloj de pulsera, aunque no importa, porque está estropeado. ¡Tengo tanto sueño! No sé por qué, puesto que me he levantado a las once. La vida es muy abu-

rrida, ¿no cree usted? Tengo que irme. A las tres he de ir a ver la tumba del doctor Stone.

Eché una ojeada al reloj y anuncié que faltaban veinte minutos para las cuatro.

—¿De veras? ¡Qué terrible! No sé si me habrán esperado o si se habrán ido sin mí. Creo que será mejor que vaya y trate de arreglarlo.

Se levantó y se alejó murmurando por encima del hombro:

—Se lo diré a Dennis, ¿verdad?

—Sí —repuse mecánicamente, dándome cuenta demasiado tarde de que ignoraba qué debía decir a Dennis, aunque con toda probabilidad sería algo sin importancia.

Me puse a pensar en el doctor Stone, un conocido arqueólogo, que desde hacía poco tiempo se hospedaba en el Blue Boar, y supervisaba la excavación de una tumba situada en la propiedad del coronel Protheroe. Se habían producido varias disputas entre él y el coronel. Me divertió que se hubiera ofrecido a llevar a Lettice a ver las excavaciones.

Se me ocurrió que Lettice Protheroe era una muchacha bastante atrevida. Me pregunté cómo armonizaría con miss Cram, la secretaria del arqueólogo. Miss Cram es una mujer de aspecto agradable, de veinticinco años de edad, de maneras ruidosas y que posee un excelente ánimo y vitalidad, y una boca que parece contener un exceso de dientes.

La opinión del pueblo está dividida respecto de ella. Algunas personas creen que no es mejor de lo que debiera ser y otros aseguran que es una mujer de virtud de hierro, que se ha propuesto convertirse en mistress Stone a la primera oportunidad. Es a la vez completamente distinta de Lettice.

No me costó imaginar que las cosas no debían marchar bien en Old Hall. El coronel Protheroe contrajo nuevas nupcias unos cinco años atrás. La segunda mistress Protheroe era una mujer notablemente hermosa en un estilo extraño. Siempre pensé que las relaciones entre ella y su hijastra no eran muy cordiales.

Volví a ser interrumpido. Esta vez se trataba de mi coadjutor Hawes. Quería conocer los detalles de mi conversación con Protheroe. Le dije que el coronel deploraba sus «inclinaciones romanas», pero que el verdadero motivo de su visita era completamente distinto. Aproveché la oportunidad para decirle que debía someterse completamente a mis disposiciones. Recibió mis observaciones bastante bien.

Cuando hubo partido sentí algunos remordimientos por no

apreciarle más. Esos irracionales aprecio y desprecios que uno siente por la gente no son propios de un buen cristiano.

Observé que las manecillas del reloj de mi escritorio señalaban las cinco menos cuarto, clara indicación de que eran las cuatro y media, y me dirigí, con un suspiro, al salón.

Cuatro miembros de mi parroquia se encontraban allí, con sendas tazas de té en la mano. Griselda estaba sentada detrás de la mesita, tratando de parecer natural, pero, por el contrario, no podía ofrecer mayor contraste con su pretendido estado de ánimo.

Saludé a las invitadas y tomé asiento entre miss Marple y miss Wetherby.

Miss Marple era una mujer de avanzada edad y cabello completamente blanco, de maneras muy agradables. Miss Wetherby es la más peligrosa de ambas.

—Estábamos hablando del doctor Stone y miss Cram —dijo Griselda con voz melosa.

«A miss Cram le importa un pepino», hubiese dicho Dennis. Estuve tentado de repetir aquellas palabras, pero afortunadamente, me contuve.

—Ninguna muchacha decente lo haría —observó secamente miss Wetherby, apretando los labios con desaprobación.

—¿Qué es lo que no haría? —pregunté.

—Ser secretaria de un hombre soltero —repuso miss Wetherby, horrorizada.

—¡Oh, querida! —exclamó miss Marple—. Yo creo que los casados son peores. Acuérdate de la pobre Mollie Carter.

—Los hombres casados y separados de sus esposas, naturalmente —apostilló miss Wetherby.

—E incluso algunos que viven con sus esposas —murmuró miss Marple—. Recuerdo que...

Interrumpí tan desagradables reminiscencias.

—Pero en estos días una muchacha puede trabajar de la misma manera que lo hacen los hombres —dije.

—¿Y venir al campo y alojarse en el mismo hotel que el jefe? —observó mistress Price Ridley con voz severa.

—Y todos los dormitorios están en el mismo piso —susurró miss Wetherby a miss Marple.

Cambiaron miradas de inteligencia.

Miss Hartnell, mujer alegre y muy temida por los pobres, observó con voz fuerte:

—Ese pobre hombre morderá el anzuelo sin darse cuenta. Es tan inocente como un niño recién nacido.

Es curioso observar las frases que empleamos. Ninguna de las señoras allí presentes hubiera soñado en hablarle a un verdadero niño hasta que estuviera ya en la cama, visiblemente dormido.

—Es desagradable —prosiguió miss Hartnell, con su habitual falta de tacto—. Ese hombre debe de tener por lo menos veinticinco años más que ella.

Tres voces femeninas se alzaron inmediatamente haciendo observaciones fuera de lugar acerca del paseo de los muchachos del coro, el desagradable incidente en la última reunión de madres de familia y las corrientes de aire en la iglesia. Miss Marple guiñó un ojo a Griselda.

—¿No creen ustedes —dijo mi esposa— que miss Cram puede ser que sólo piense en su trabajo y no vea en el doctor Stone sino a su jefe?

Se produjo un silencio. Se veía claramente que ninguna de las cuatro señoras estaba de acuerdo con aquellas palabras. Miss Marple quebró el silencio, golpeando amistosamente a Griselda en el brazo.

—Es usted muy joven, querida —repuso—. La juventud es muy inocente.

Griselda se indignó y dijo que no era inocente.

—Desde luego —observó miss Marple, sin hacer caso de la protesta—, usted siempre piensa lo mejor de las personas.

—¿Cree usted realmente que ella quiere casarse con ese hombre calvo y aburrido?

—Tengo entendido que goza de muy buena posición —repuso miss Marple—. Temo que su carácter sea algo violento. Hace pocos días tuvo un disgusto bastante serio con el coronel Protheroe.

Todas prestaron intensa atención.

—El coronel Protheroe le dijo que era un ignorante.

—Es muy absurdo y muy propio del coronel —dijo mistress Price Ridley.

—Es ciertamente propio del coronel Protheroe, pero no sé si será realmente absurdo —observó miss Marple—. Recuerdan a aquella mujer que vino diciendo que pertenecía a la Beneficencia y que después de recoger bastante dinero desapareció sin que jamás hayamos vuelto a saber de ella ni de su beneficencia. Siempre nos hemos sentido inclinadas a confiar en las personas y a creer que son realmente lo que dicen ser.

Jamás me hubiera atrevido a pensar en miss Marple como en una persona confiada.

—Creo que ha sucedido algo con ese joven artista, mister Redding ¿no es verdad? —preguntó miss Wetherby.

Miss Marple asintió.

—El coronel Protheroe le echó de su casa. Parece que estaba pintando a Lettice en traje de baño.

—Siempre pensé que había algo entre ellos —aseguró mistress Price Ridley—. Ese muchacho no deja de rondar por allí. Lástima que ella no tenga madre. Las madrastras no se preocupan como las propias madres.

—Me atrevo a decir que mistress Protheroe hace cuanto puede —dijo miss Hartnell.

—Las muchachas son tan astutas —deploró mistress Price Ridley.

—Es muy romántico, ¿verdad? —dijo miss Wetherby—. Él es un joven muy guapo.

—Pero disoluto —repuso miss Hartnell—. Tiene que serlo. ¡Un artista! ¡París! ¡Modelos!

—No es muy propio retratarla en traje de baño —observó mistress Price Ridley.

—También a mí me está retratando —dijo Griselda.

—Pero no en traje de baño, querida —repuso miss Marple.

—Pudiera ser algo peor —dijo Griselda con solemnidad.

—¡Pícara! —exclamó miss Hartnell, bromeando.

Todas parecieron ligeramente sorprendidas.

—¿Le habló Lettice de lo sucedido? —me preguntó miss Marple.

—¿A mí?

—Sí. La vi pasar por el jardín y entrar por la puertaventana del gabinete.

Miss Marple siempre lo ve todo. Cuidar del jardín es un buen pretexto tras el que ampararse, y también la costumbre de observar a los pájaros con unos prismáticos.

—Sí, algo de ello mencionó —admití.

—Mister Flawes parecía preocupado —dijo miss Marple—. Espero que no haya estado trabajando demasiado.

—¡Oh! —exclamó miss Wetherby, excitada—. Se me había olvidado por completo. Tengo algunas noticias que comunicarles. Vi al doctor Haydock salir de casa de mistress LeStrange.

Se miraron unas a otras.

—Quizás está enferma —dijo mistress Price Ridley.

—Debe de tratarse de una enfermedad súbita —repuso miss Hartnell—, pues la vi paseando por el jardín a las tres de la tarde y parecía estar gozando de perfecta salud.

—Acaso ella y el doctor Haydock sean viejos amigos —observó mistress Price Ridley—. Nunca dice nada sobre eso.

—Es curioso —dijo miss Wetherby— que jamás lo haya mencionado.

—En realidad... —empezó a decir Griselda en voz baja y misteriosa, callando súbitamente.

Todas se inclinaron hacia ella.

—Yo sé la verdad —prosiguió Griselda en tono afectado—. Su esposo era misionero. Es una historia terrible. Se lo comieron. Tal como suena: se lo comieron. Ella fue obligada a convertirse en la esposa del jefe de los caníbales. El doctor Haydock formaba parte de la expedición que la rescató.

Por un momento el ambiente fue tan tenso que hubiera podido cortarse con un cuchillo, pero miss Marple habló con una sonrisa que dulcificaba su reproche.

—¡Pícara! —dijo dándole unos golpecitos de desaprobación en el brazo—. No debe usted decir estas cosas. La gente puede creerlas. Y eso algunas veces produce complicaciones.

El humor parlanchín de las señoras se enfrió. Dos de ellas se levantaron para marcharse.

—Me pregunto si realmente habrá algo entre el joven Lawrence Redding y Lettice Protheroe —observó miss Wetherby—. Ciertamente lo parece. ¿Qué cree usted, miss Marple?

—No lo creo. *No con Lettice. Acaso con otra persona.*

—Pero el coronel Protheroe debe de haber pensado...

—Siempre me ha parecido un hombre más bien estúpido —repuso miss Marple—. Es de la clase de hombres a quienes se les mete una idea equivocada en la cabeza y se aferran a ella. ¿Recuerdan ustedes a Joe Brucknell, que fue propietario del Blue Boar? Se habló mucho de que el joven Bailey tenía amoríos con su hija, cuando en realidad era con su desvergonzada esposa.

Miraba francamente a Griselda al hablar y yo me sentí invadido por la ira.

—¿No cree usted, miss Marple —dije—, que somos dados a soltar demasiado nuestras lenguas? La caridad jamás piensa mal. La murmuración puede causar daños irreparables.

—Querido vicario —repuso miss Marple—, ha corrido usted muy poco mundo. Temo que al observar a la naturaleza humana tanto tiempo como yo, llegue uno a esperar muy poco de ella. Cierto es que la murmuración puede ser algo equívoco y malo, pero a menudo no está reñida con la verdad, ¿no cree usted?

Estas palabras dieron en el blanco.